

Derecho y dignidad de las personas vulnerables

Intervención de Joaquín García Roca, profesor de la Universidad de Valencia y de la Universidad Centroamericana de El Salvador, en el acto de apertura de la IX Conferencia de RIICOTEC.

Texto | Joaquín García Roca

Quien les habla nunca abandonó la convicción de que es posible romper el destino de la exclusión, aunque he conocido la densidad de esta tarea, y reducir nuestra vulnerabilidad mediante el ejercicio de estar juntos y mediante las conquistas sociales y políticas. Nunca he abandonado esta convicción aunque he tenido que negociar constantemente con mi propia frustración. Mi orientación vital me lleva siempre a otear los lugares donde puede amanecer, algunas veces los encontramos y otras nos quedamos solamente en el intento de la búsqueda. Me sucede lo que al discípulo de la sabiduría oriental:

“-¿Hay algo que yo pueda hacer para cambiar esto? pregunta el discípulo al maestro.

- ***Tan poco como lo que puedas hacer para que amanezca por las mañanas.***
- ***¿Entonces, para qué sirve estar aquí?***
- ***Para estar seguro de que no estarás dormido cuando el sol comience a salir.”***

O si prefieren formularlo en los términos que los ha hecho el mejor sociólogo europeo de nuestros días: “Quien diagnostique hoy un crepúsculo sin amanecer es que está ciego, y quien hable de un amanecer sin crepúsculo es un ingenuo” (Ulrich BECK, 2000. p.25-26)

Estamos aquí no para ejercer la ceguera, sino para rastrear el amanecer con sus sombras y a pesar de ellas. Y estoy convencido

que como afirma Hannah Arendt, contra la falsa certeza del fracaso y de falta de perspectivas, la capacidad de comenzar algo nuevo pertenece a la esencia misma del que-hacer político.

La representación social de la vulnerabilidad procede de situaciones de emergencia y de catástrofes. Este país que les acoge conoce el tamaño de la vulnerabilidad cuando llegando el tiempo del otoño nos visitan las lluvias intensas y descontroladas. Recuerdo haberle oído a mi abuelo que esas lluvias no eran peligrosas cuando los ríos desembocaban en el mar, cuando los edificios no estaban contruidos sobre las veredas; cuando las autopistas no impedían los desagües de la tierra. ¿Qué nos ha pasado? Hemos crecido en vulnerabilidad, que significa que el daño es proporcional a la intensidad de la lluvia menos las resistencias. Aludir a personas vulnerables no significa una nueva propiedad que conforma la identidad de ciertas personas, sino una relación que nos hace vulnerables. No estamos ante una definición de ciertas personas sino ante una posición que señala situaciones y relaciones.

L'Abbé Pierre decía que “Para que nazca un árbol en el desierto, es necesario que en algún lugar exista un depósito de agua”. El capital social consiste en un depósito de confianza, de créditos de cooperación, de fondos de acogida y de tejido social. Cada uno de nosotros, en determinadas situaciones, se



“*El capital social consiste en un depósito de confianza, de créditos de cooperación, de fondos de acogida y de tejido social*”

“*La vulnerabilidad actúa como señal de alarma que advierte como el aviso de que cualquier cosa puede ocurrir*”

“*Hemos creado las condiciones necesarias para convertir en derecho lo que hasta ahora era cuestión de benevolencia*”

siente más capaz, animado, inteligente y generoso y en otras circunstancias se resbala hacia la impotencia, el desánimo o la desconfianza. Como decía Antonio Machado: “¡Qué difícil es no bajar cuando todo baja!”.

En la actualidad se han disparado las señales de alerta que anuncian los nuevos rostros de la vulnerabilidad, aquello que nos hace frágiles y desactiva las resistencias hasta hacernos profundamente infelices. Pero también las nuevas energías y oportunidades vinculadas a lo vulnerable.

Cuando los jóvenes de las periferias francesas, llamados impropia mente de la segunda generación de inmigrantes, incendian coches, destruyen los servicios públicos y proclaman que “a nuestros padres humillasteis y a nosotros cerrasteis las puertas” señalan la humillación como nuevo rostro de la vulnerabilidad, que se declina según múltiples facetas: por relación al trabajo, por relación a la familia, por relación a los servicios públicos, a la educación. Son vulnerables porque no encuentran un lugar en la sociedad.

Cuando las personas mayores dicen que se encuentran solas, señalan la ruptura o debilitamiento de los vínculos como un nuevo componente de la vulnerabilidad.

En conclusión, la vulnerabilidad actúa como **señal de alarma** que advierte, como la voz del peligro que avisa, como el timbre que comunica, como el aviso de que cualquier cosa puede ocurrir. Antes de ser un peligro o una propiedad de la persona, es un sistema de alerta, es un recordatorio. Cuando alguien sabe que es vulnerable al resfriado evita todas las corrientes. Pero los humanos no solo tenemos señales de alarma ni mecanismos de defensa en sus estructuras sino que crean signos, símbolos, códigos capaces de positivizar la vulnerabilidad. Es una **fuerza motriz** de la vida, que impacta sobre la visión del mundo, la moral y las estrategias vitales. La condición de persona mayor no es sólo una

alarma que indica que no puedo correr, sino también una energía vital que indica que la lentitud es también una posibilidad. “Todos los analistas de la vulnerabilidad coinciden en que la condición humana de principio del siglo XXI contiene perspectivas, inseguridades, paradojas y riesgos fundamentalmente ambivalentes” (Beck 2000, p. 30).

Intentaré identificar los nuevos rostros de la vulnerabilidad que se despliega en fragilidad existencial, en debilitamiento de los vínculos sociales y desarraigo y en la vulnerabilidad de la distancia, de las personas sin estado. Y aquellas prácticas que se han acreditado como conquista del derecho y reconocimiento de su dignidad.

1. LA PRODUCCIÓN EXISTENCIAL DE LA FRAGILIDAD

Es inevitable una alusión a la condición humana ya que el primer rostro de la vulnerabilidad es la fragilidad existencial que irrumpe en la vida para ayudar a defenderla y afirmarla, y a la vez para golpearla. **Nos golpea** cuando nos deja sin resistencias, cuando nos hace perder lo que más queremos, nos quiebra los dinamismos vitales de la confianza y de la identidad. **Nos ayuda** cuando nos revela una nueva cultura en la que nada es irremplazable, todo es superfluo y nos hace estimar la brevedad temporal y la transitoriedad.¹ Se aprecia la vida cuando la estás perdiendo, se estima el cuerpo cuando empieza a fallarte: es la sabiduría de la edad. Lo que ha permitido a un ensayista español, Emilio Lledó, titular su libro como *Elogio de la infelicidad*: “Ese inevitable punto de inseguridad es, como afirma Emilio Lledó, estímulo y acicate hacia esas otras metas que llenan el horizonte ideal en el que se conforta y orienta la vida. Un descontento que nos enseña el sentido más apasionante de cada empresa humana, y que nos empuja constantemente en la dirección de una personal felicidad, imposible

si no tiende, de alguna forma, a la compañía y felicidad de los demás. Una utopía paradójicamente a mano, y que sólo puede alcanzarse en el reconocimiento y aceptación de la insalvable finitud de nuestra generosa infelicidad” (Lledó, E. 2005 p. 15)

La permanente vulnerabilidad que acompaña a todo lo humano avisa que tener cuerpo y estar vivo es quedar expuesto a todo aquello que puede dañarnos y quedar amenazado por todo aquello que no es previsible y puede destruirnos. Avisa de que todo puede ser destruido a través de la muerte física, que destruye la vida, de la muerte social, que destruye la relación, de la muerte síquica, que destruye la identidad personal y de la muerte legal, que te deja sin reconocimiento público. Avisa de la existencia de lo absurdo, de lo inesperado, de lo sorprendente como portador de peligro y amenaza. Avisa de la estructura corporal e indigente de la existencia, que nos ha convertido a todos en seres nacidos del cuidado (somos la única especie que si no nos cuidan no somos viables).

1.1. Naufragos y hundidos

La experiencia del naufragio ha servido para articular aquella vulnerabilidad que afecta a la subjetividad y se despliega en una forma particular de sentir y emocionar la realidad.

¿Qué sucede en el naufragio para que pueda representar la vivencia de lo vulnerable? Le es esencial el sentimiento de pérdida, de impotencia, de soledad, de falta de horizonte. En el se quiebran los dinamismos fundamentales del ser vivo: la confianza, la identidad, la reciprocidad, la autoestima.

Diez días a la deriva en una balsa, sin comer ni beber, soportando el hambre y la sed, le han servido a Gabriel García Márquez para desentrañar la experiencia real del naufragio. Ocho miembros de la tripulación del destructor “Caldas”, habían desaparecido a

causa de una tormenta en el mar Caribe. Al cabo de cuatro días, los marineros perdidos fueron declarados oficialmente muertos; sin embargo, una semana más tarde, uno de ellos apareció moribundo en una playa desierta del Norte de Colombia. ¿Por qué y cómo Luis Alejandro Velasco, con sus 20 años, pudo sobrevivir? ¿Qué pudo vencer el olvido?

Se quiebra *la confianza* y ganan los sentimientos de impotencia. Las nuevas pobreza están minada por los desánimos y por la falta de perspectiva “En el origen de todo naufragio está la fatiga con la desesperación”, decía el naufrago de Caldas, narrado por García Márquez en el *Relato de un naufrago*. “Estás tan cansado que no sabes siquiera que está amaneciendo.” La desesperanza es la compañera inseparable del naufragio, bien porque se pierden las fuerzas, bien porque decae el ánimo. Se cree que ante los problemas no hay soluciones reales... “El naufrago tiene confundido el sentido de la orientación” y “pierde los puntos de referencia”: “no tenía la menor idea sobre mi dirección y mi posición, no sabía si la balsa avanzaba hacia la costa o hacía el interior” (p. 54).

Se quiebra *la identidad*, que es el resultado de lo que uno dice de sí mismo y lo que los otros dicen de él. Hace unos días se lo escuchaba a una persona inmigrante. “Vivo diez años en España, me siento español entre españoles pero sólo cuando alguien me mira me siento árabe”.

Se quiebra *la sociabilidad*. El sentimiento de exclusión afecta igualmente a la relación con los otros. El primer sentimiento del naufrago es la de estar absolutamente solo en la mitad del mar “El naufragio nos precipita en un abismo”, “en una soledad infinita” (p. 42).

1.2. Prácticas alternativas

¿Qué podemos hacer? ¿Cómo reducir la vulnerabilidad existencial? ¿Cómo trasformarla en energía vital?

Las voces que uno recuerda

Frente a la desconfianza, somos tutores de la confianza en las posibilidades de transformación. Cuenta García Márquez en el *Relato de un naufrago* que en el naufragio siempre “encontré un recurso para sobrevivir, un punto de apoyo, por insignificante que fuera, para seguir esperando” (p. 64-65). “Cuando el viento aulla en el mar — cuando las olas se rompen contra los acantilados, uno sigue **oyendo las voces que recuerda**. “Unas veces era, en medio de aquella soledad infinita, ver la luz de un barco, otras veces era el reflejo de la luna en las olas, otras el ruido de unos aviones, y siempre la capacidad de recordar”, “unas veces era, en medio de aquella soledad infinita, ver la luz de un barco” (p. 42), “otras veces era el reflejo de la luna en las olas”, “otras el ruido de unos aviones” (p. 46) “la presencia de la gaviotas” (p. 58), o “el cambio en el color del agua” (p. 83). “Hay un instante en que ya no se siente la sed ni el hambre; pero aun no se pierden las esperanzas” (p.57).

La confianza es la hermana mayor de la autoestima. “Decidí, comenta el naufrago de Caldas, que con lo único que contaba para salvarme era con mi voluntad y con los restos de mis fuerzas”. Tutelar la dignidad de lo frágil consiste en activar un impulso insaciable de que las cosas pueden ser de distinta manera y está en nuestras manos cambiarlas y mejorarlas.

El naufrago de Caldas “se sentó a **escrutar el horizonte...**”, “miré con tanta intensidad, que en un momento el cielo se llenó de puntos luminosos” (p. 44). “Seguía mirando primero el reloj, luego el horizonte” (p. 42). Ante la vulnerabilidad existencial hay que caer de parte de las oportunidades, acentuar la capacidad de llegar a puerto, crear e inventar posibilidades nuevas.

Objetivos de vida

Como reconoció Primo Levi desde su experiencia en los campos de exterminio nazi: la desolación y la muerte sólo se superan a través de objetivos de vida: "casi nunca tuve tiempo que dedicar a la muerte; tenía otras cosas en las que pensar, encontrar un poco de pan, descansar del trabajo demoledor, remendarme los zapatos, robar una escoba, interpretar los gestos y las caras que me rodeaban. Los objetivos de la vida son la mejor defensa contra la muerte: no solo en el Lager" (p. 127).

Cuando hay objetivos de vida, la decepción personal adquiere un nuevo relieve; el cuidado de los nietos se ha convertido en algunas personas en un objetivo de vida; la proximidad a los que sufren en forma de voluntariado es un camino hacia la energía personal; el acompañamiento a jóvenes que quieren iniciar un itinerario empresarial; la pertenencia a una asociación que se plantea una sociedad más habitable, es un objetivo de vida. Cuando los grandes pisotean a los débiles, objetivos de vida son su defensa; cuando el herido está indefenso, objetivo de vida es asistirle. Y de este modo, amanece una fortaleza nueva.

Tutores de la dignidad y dignidad de lo frágil

Hay una línea de dignidad que no puede sobrepasarse sin caer en lo inhumano. A esa línea pertenecen la satisfacción de ciertas necesidades de alimentación, de habitación, de trabajo formal e informal, de participación social... Somos tutores de la dignidad de lo frágil. Nadie devuelve la dignidad porque nadie la ha perdido sino que la reconocen; no sustituyen la voz, porque cada uno tiene la propia sino que la agrandan. Somos más coro que solistas. El nombre actual de la dignidad son los derechos humanos en sus tres generaciones. La dignidad es salvar lo que hay de definitivo en el hombre y defenderlo.

Su reconocimiento no está condicionado al traje, al carnet de identidad, ni a la tarjeta de crédito. La dignidad no está condicionada a los ropajes y cuantas más capas decaen, más amanece la dignidad afirmada por ella misma.

La dignidad de lo frágil se ha representado admirablemente en *Mar adentro*. ¿Por qué no quiere vivir? La pregunta se la formula a Ramón Sampedro por parte de dos profesionales. Uno se la hace desde el reproche, desde el poseedor de la verdad y de un saber a distancia, desde la justicia abstracta, desde el representante de la institución, desde la guía de recursos. "¿Es que acaso los tetraplégicos no pueden amar? Le critica el sabio jesuita; y Ramón contesta "Yo no hablo de los tetraplégicos; sólo hablo de mí mismo". En el otro caso, se la hace la trabajadora social que se siente conmocionada, afectada y se deja hablar. "Porque no te puedo abrazar. La distancia entre la vida y la muerte es el abrazo."

Hay una antropología construida desde Latinoamérica que nos ha enseñado a diferenciar entre la mano que agarra y la mano que acaricia; la primera está en el origen de todo tipo de violencia; la caricia y la ternura es el horizonte vital de toda vida feliz.

2. LA PRODUCCIÓN ECONÓMICA DE LA VULNERABILIDAD

El contacto permanente con los sures del mundo me han hecho comprender la densidad de ciertas tramas y marañas que agrandan la vulnerabilidad existencial y desvelan los **procesos estructurales**. Muchas personas, pueblos y países no están donde quieren estar, al contrario de lo que predica la ideología neo-liberal. Hay una vulnerabilidad que muchas veces se identifica con ser orillados y expulsados por una fuerza mayor de carácter estructural.

La vulnerabilidad no está entonces donde está la persona vulnerable sino en otra parte.

Hoy se declina como sistema económico neoliberal, como globalización sin solidaridad, como sociedad del mérito y de la competitividad. Afrontar este tipo de vulnerabilidad sólo es posible si se conoce el sistema social que la produce ya que como sugiere Horkheimer, para conocer un cuarto oscuro, es necesario acercarse a la pared. La vulnerabilidad entonces es como "un cuchillo clavado al futuro", a través de él se ve lo que está escondido.

¿Y qué se ve si se clava el cuchillo al futuro? Se ve la densidad de ciertas fracturas. La fractura *capital-trabajo* por la cual lo que es bueno para el capital ha dejado de ser bueno para los trabajadores (Cada mañana se nos anuncia el crecimiento en beneficios de las multinacionales y la necesidad de reducir el número de trabajadores). La fractura *tierras humanas* por la cual la tierra ha dejado de ser un organismo vivo para convertirse en un yacimiento de recursos para los humanos (estos días nos preocupa el cambio climático como despliegue de esta ruptura). La fractura *norte-sur* que amplía la brecha entre los que no pueden dar la vida por supuesto y quienes la pierden por sobreabundancia. La fractura *varón-mujer* como un ejercicio de dominación y violencia de género (aún no hemos elaborado el duelo y ya nos encontramos en un nuevo capítulo de la violencia doméstica). Y la última fractura entre los de *dentro-fuera* empeñados en sembrar el universo de fronteras físicas y simbólicas que nos ha convertido a todos en una *sociedad de cowboy* (Fátima MERNISSI)

2.1. Desechables y sobrantes

No podemos pasar de puntillas por encima de los elementos estructurales de la vulnerabilidad, que se produce como un efecto agregado y colateral al progreso económico. Walter Benjamin lo vio representado en el cuadro titulado *el Ángel de la Historia*. El viento de la modernidad y del progreso es como un fuerte huracán que impide al ángel

recoger sus víctimas, mientras con los ojos desenchajados y las manos tendidas hacia atrás sólo ve como crecen las víctimas. Si construimos el motor de la sociedad sobre el consumo y el bienestar, quedarán descolgados muchos jóvenes; si lo construimos sobre el motor de la competencia nacerán enormes grupos de personas mayores descolgados del progreso; si lo construimos sobre la rapidez quedarán descolgados los discapacitados que no pueden correr.

La producción industrial ha proporcionado a Z. Bauman, los elementos para entender la densidad estructural de la vulnerabilidad. La imagen de los *residuos industriales* representa el modelo de desarrollo a escala local y planetaria. De las fábricas parten a diario dos tipos de camiones: unos se dirigen a los grandes almacenes y los otros a los vertederos, los dos lugares emblemáticos de la modernidad. No hay una fábrica sin su basurero, no hay un taller artístico sin su basurero, no hay sociedad sin su basurero. Los residuos se han construido en un ingrediente indispensable del proceso social. La imagen representa por qué la globalización económica ha creado zonas residuales, porque África desaparece.

Los residuos son aquellas cosas que fueron usadas y descartadas, las que tuvieron valor y ahora no lo tienen. La imagen de lo desechable tiene su referente primordial (su *princeps analogatum*) en la forma de vida moderna que puso en movimiento cantidades ingentes y en constante aumento, de seres humanos despojados de dignidad como trabajadores y desplazados, tanto en el sentido biológico como sociocultural del término (p.17). Este movimiento se despliega en las mares de residuos humanos empobrecidos que fluyen a EE.UU. desde los países latinoamericanos, los jóvenes que padecen depresión y se han duplicado en 12 años.

La producción de residuos humanos o, para ser más exactos, seres humanos residuales (los

excedentes y superfluos) es una consecuencia inevitable de la modernidad y una compañera inseparable de la modernización. Los excluidos son personas asignadas a la categoría de lo desechable. Ser superfluo significa ser supernumerarios, innecesarios, carente de uso... Los otros no te necesitan; pueden arreglárselas igual de bien, si no mejor, sin ti (p. 24). Una vez desechadas las cosas, nadie quiere tener que pensar más en ellas. Lo excluido ya no pertenece a lo que es (p. 32). Y además, lo sobrante lo hacemos invisible no mirándolo ni pensando en ello (p. 42).

Hay como una especie de *vulnerabilidad de masas*: todos estamos en jaque y citados por ese destino. Entre estar de pie y el quedar caído está el ir cayendo. Lo cual es una condición que amenaza a todos los seres humanos; se supera de este modo la ubicación tradicional de la vulnerabilidad en una clase social o en un solo territorio. Lo de menos es que ese proceso te expulse de tu país, o te expulse del trabajo o te orille en la cera de una calle o en una estación o te orille por tu dependencia y falta de autonomía. En todos hay la experiencia de una nueva vulnerabilidad, que se despliega en ser expulsados, en quedar desahuciados, en ser orillados.

Empuja *hacia abajo*, como una especie de tobogán, y *hacia otra parte*, como un callejón sin salida y *hacia dentro* como un cobijo austero.

En el mundo laboral constatamos la tendencia *hacia abajo*. En un mercado laboral presidido por la competencia, vende quien logra hacer la oferta más baja y a costes menores. Llegaron como médicos, arquitectos, ingenieros... pero fueron reducidos a auxiliares domésticos, a recollidors de naranjas, a obreiros de la construcción. Y si alguien sugiere mejores condiciones de empleo, se contratarán a otros inmigrantes aunque sea trayéndoles en autobuses del Este o amenazarán con marchar a otro sitio, "más bajo".



Hay un mecanismo estructural que se ha identificado como des-localización, que expulsa *hacia otra parte*. Está en el origen del desarraigo, que impide o dificulta vivir en comunidad y con raíces. Cada vez son más las personas, que se han visto descolgadas de sus redes naturales como mecanismos de protección general y se convierten cada vez más en individuos sin apoyos y sin vínculos naturales.

Hacia adentro. Es el origen de los guetos, que sobreviven en la defensiva. Se reúnen entre iguales para encontrar nichos afectivos que les defiendan. Las experiencias actuales de jóvenes urbanos que constituyen sus horas urbanas y sus grupos es un síntoma de la vulnerabilidad *hacia adentro*.

2.2. Prácticas alternativas

La nueva vulnerabilidad nos sitúa en auténticas encrucijadas que requieren de nueva políticas y de renovadas prácticas sociales.

Aprendizaje para la interdependencia

Venimos de una visión del universo como un sistema mecánico compuesto de piezas, y una visión de la vida en sociedad como una lucha competitiva por la existencia. Amanece otra visión que piensa la vida como una red integrada, estamos todos inmersos en los procesos de la naturaleza y en los entornos sociales. Todos los seres vivos son miembros

de comunidades ecológicas vinculados por una red de interdependencias. Los seres humanos son la tierra que piensa, que espera, que ama, que ora. Todo está relacionado con todo en todos los puntos y en todos los momentos. Ya no es verdad aquella representación del mapa del mundo como una yuxtaposición de países identificados con colores distintos, sino que vivimos en el interior de un globo; si falta el aire falta para todos, si brama la tierra, brama para todos.

Lo que fueron las carreteras para el tránsito de mercancías son hoy las redes multimedia y las autopistas de la información.

La interdependencia ya no permite hablar de un espacio seguro y otro inseguro; lo único que podemos decidir es si se construirá sobre el miedo o sobre la solidaridad, sobre el choque de civilizaciones o sobre la familia humana con su diversidad de expresiones culturales.

La interdependencia pide de nosotros un cambio de residencia mental y cordial, que se visibiliza en este encuentro.

Del crecimiento económico al desarrollo humano

Hace 20 años empezamos a diferenciar entre desarrollo humano y crecimiento económico, que es el impacto que la economía tiene sobre la gente. Nos ha interesado más crecer en coches que saber qué opciones produce el coche. La gente sencilla lo había tenido siempre claro: tiene mucho dinero pero no sabe qué hacer, no sé para que le sirve tener tanto. Tiene mucho dinero y no tiene oportunidades escolares, sanitarias, culturales. Es rico en dinero y pobre en oportunidades. No necesitamos ningún premio Nobel, aunque llegó con Amartya Sen, para formularlo. El desarrollo es el crecimiento con oportunidades, con participación, con igualdad, con asociaciones, con capital humano.

El Desarrollo no se mide en términos de dinero sino de opciones, de oportunidades y grados de bienestar de los protagonistas. Si queremos saber si nuestros pueblos caminan hacia su desarrollo, no sólo interesa saber si crece económicamente (el nivel de inversiones, productividad, PIB...) sino qué importa la participación en las condiciones de vida, que se despliega en años de vida, en la escuela, en la salud, en asociaciones, en la mujer... Un crecimiento sin voz, sin participación es inhumano. La riqueza principal de un país es su gente.

Comprometido en ampliar el nosotros humano, ampliar las capacidades para llevar cada uno la vida que considere deseable, promover un desarrollo humano y sostenible. Donde todos se puedan sentar a la mesa y llevarse algo digno a la boca.

De las aspiraciones al derecho

El carácter estructural de la vulnerabilidad de masas sólo se puede abordar a través de la conquista del derecho que puede ser exigido y garantizado. Somos tutores del derecho. La grandeza de este momento es que hemos creado las condiciones necesarias para convertir en derecho lo que hasta ahora era cuestión de benevolencia. El crecimiento de la riqueza puede erradicar el hambre y la pobreza, el desarrollo de la ciencia puede poner vida a los años; la innovación tecnológica puede y debe reducir la dependencia orgánica.

Hay bienes que pueden y deben garantizarse por la vía del derecho, por lo mismo que hay otros que pueden y deben ofrecerse al intercambio y otros al ejercicio de la donación. La cultura de los derechos significa que ciertos bienes no pueden condicionarse a una circunstancia externa sino que deben garantizar y universalizarse.

En la actualidad estamos viviendo un momento de exaltación de las condiciones: se condicionan los derechos a los papeles, a estar regulado o no, a estar documentado o no;

se condicionan al mérito y al presupuesto — si hay dinero. La última fase de esta devaluación de los derechos se está haciendo bajo el ropaje de las contraprestaciones. Dos líneas de acción que hoy despiertan grandes expectativas: la renta mínima de ciudadanía o salario universal por la cual se garantiza vía derecho las condiciones mínimas de vida necesarias, la construcción de los servicios públicos que cubran y acojan las necesidades humanas vitales como el derecho a la salud, al trabajo, a la casa que constituyen hoy la línea de la dignidad. Y la ampliación de la ciudadanía mundial y cosmopolita. Y los microcréditos que se presentan hoy como panacea para erradicar la pobreza. Los primeros se someten a la lógica del derecho, y los segundos a la lógica de la contraprestación.

De la fragmentación a las redes transnacionales

Para esta tarea, están convocados los actores políticos —locales, autonómicos, nacionales y transnacionales. A ellos corresponde convertir estas necesidades en derechos exigibles, en justicia. La grandeza del quehacer político consiste en convertir en derecho lo que es sólo una aspiración.

Están convocados *los gobiernos* como gestores del interés público, sólo en este des empeño encuentran su legitimación. Están convocadas *las empresas*, mediante la responsabilidad social de las mismas que no consiste en abrir un departamento para la solidaridad a través de alguna fundación, sino en hacerse accesibles también para aquellos que quedan en las puertas. Están convocados *el tercer sector* siempre que entiendan que sobre las cenizas de lo público no se construye ninguna solidaridad. Están convocadas *las Iglesias* siempre que entiendan que pueden y deben caminar con humildad junto a otros.

Desde la representación estructural, la lucha a favor de una sociedad inclusiva es una

aventura colectiva que pivota sobre el ejercicio de la acción conjunta, que se inserta en el seno de un movimiento que se sustenta sobre la colaboración. La preocupación mayor en las prácticas cooperantes consiste en activar los dinamismos comunitarios, despertar lo que está dormido en la sociedad, devolver el protagonismo y sus potencialidades a las personas vulnerables; de este modo se postula una forma de relacionarse los sujetos sociales entre sí, que consiste en obtener un mayor nivel de interacción a través de mayores reciprocidades. La energía que nace de la relación, del *hacer-con*, sitúan las propuestas alternativas en una sustancial y esencial horizontalidad de la intervención.

Sabemos que las redes mafiosas en torno a la explotación, a la compraventa de mujeres ya existen. Sin embargo son muy débiles las alianzas en torno a la dignificación de los inmigrantes mediante vinculaciones internacionales. Hace unos días, lo solicitaban los padres de esos 10.000 jóvenes muertos en las pateras: querían que alguien desde aquí les dijera si habían llegado o si se habían quedado en el estrecho. Nos invita a construir redes sociales, en torno a la inmigración. Aquí están Uds. que entendieron que podían crearse en torno a la dependencia.

Si nacen redes internacionales de solidaridad, nacerán desde ellos y con ellos. Pero sobre todo, esa acción conjunta ha de incorporar a las propias personas vulnerables como agentes de la nueva ciudadanía cosmopolita. Fortalecer sus propias redes, sus asociaciones y su protagonismo político es un trabajo tan necesario como urgente. Con frecuencia trabajamos para ellos pero sin ellos, ni con ellos.

Hay situaciones que nadie puede afrontar solos. "Todos soltamos un hilo, como los gusanos de seda; roemos y nos disputamos las hojas de morera, pero ese hilo, si se entrecruza con otros, si se entrelaza, puede hacer un hermoso tapiz, una tela inolvidable".

3. LA PRODUCCIÓN SOCIAL DE LA EXCLUSIÓN

La vulnerabilidad se asocia hoy con la exclusión y la humillación. Excluido es aquel que no cuenta, que no es reconocido; se experimentan a sí mismo como carentes de valor: son prescindibles e innecesarios. Los excluidos son aquellos que tuvieron valor y ahora no lo tienen. Los otros no te necesitan; pueden arreglárselas igual de bien, si no mejor, sin ti. El día que yo sufría una neumonía, la padecía uno de los excluidos, él murió y yo estoy curado aquí con ustedes, simplemente porque yo significaba para mis amigos, para el hospital, para mi familia; él por el contrario, sólo se tenía a sí mismo. Así lo entienden los mayores cuando se sienten aparcados en residencias y observan que sus familiares han dejado de interesarse por ellos; así lo entendían los jóvenes de las pe-

riferias de París cuando decían "A nuestros padres humillasteis y a nosotros nos cerrasteis las puertas".

La humillación es la hermana mayor de la exclusión. Sobre todo la humillación de la ayuda y de la burocracia. Lo expresaba una mujer que se ha sometido a los baremos para declarar a su padre "gran dependiente", y se le dijo que dentro de seis meses recibirá la respuesta.

3.1. Excluidos y humillados

Hay tres grandes productores de exclusión que son humillantes. Cuando el mercado excluye a quien no tiene valor económico porque no es productivo, cuando el estado excluye a quien no tiene significación política porque no es votante, cuando la sociedad civil excluye a quien es invisible.



“
*La grandeza del
 quehacer político
 consiste en convertir
 en derecho lo que es
 sólo una aspiración*”

“
*La lucha a favor de
 una sociedad
 inclusiva es una
 aventura colectiva que
 pivota sobre el
 ejercicio de la acción
 conjunta*”

“
*Quien se acerque a
 las personas
 vulnerables o pretenda
 hacer políticas
 públicas a su favor,
 ha de saber que su
 máxima aspiración es
 poder ser reconocidos
 como valiosos*”

El mercado productor de valor

El mayor productor de insignificancia y de valor es **el mercado**. Según esté el mercado, las casas tienen un valor u otro, el trabajo tiene un valor u otro, los viejos tienen valor u otro. La modernidad ha consagrado una sociedad de artefactos, de mercancías y de soledades anónimas. Rodeados de artefactos, vivimos la *insignificancia*, que permite pasar de largo si alguien no tiene significación económica, el inmigrante tiene valor por su utilidad para guardar nuestros ancianos y limpiar nuestras casas. La insignificancia se sostiene sobre un mecanismo que ha convertido el mundo en un supermercado global que regula la misma vida humana. El mercado se ha convertido en una institución que invade todos los sectores de nuestra vida y se ha convertido en religión universal, en concepción del mundo y en criterio para determinar el valor y la felicidad. No es algo exterior a nosotros, sino que está en nosotros y nosotros en él.

Esta insignificancia se percibe en pueblos y continentes que han dejado de interesar; es el caso de Centroamérica o de África. Es el caso de las personas mayores que dejaron de ser productivas. Es el caso de las personas dependientes si dejan de ser consumidores y productores.

Sufrimos la **reducción instrumental a recurso**. Los queremos y aceptamos mientras nos sirvan para algo. Aceptamos a las personas mayores mientras sostienen a nuestros nietos, pero si quedan inválidos buscaremos dónde aparcárselos; las personas inmigrantes no nos molestan en los solares en construcción, ni en las fábricas, ni en los restaurantes, ni apoyando a los ancianos pero hieren y ofenden si hay demasiados en los paseos del domingo.

El Estado como productor de la distancia

Las personas mayores han empezado a interesar cuando pueden dirimir unas elección-

es con su voto. Y por el contrario, hay grupos que todavía no cuentan porque no pueden ejercer el derecho al voto. Es el caso de los inmigrantes y en algunos casos de las personas con discapacidad. Para justificarse se ha construido el mecanismo de creación de extraños. Todas las sociedades se han construido sobre un dentro y un fuera, sobre nosotros y ellos, los nuestros y los extraños. A los nuestros les atribuimos la normalidad, (piensa como nosotros), la confianza (es de los nuestros), a los de fuera se le atribuye la extrañeza y tiene que demostrar que es objeto de confianza.

El mecanismo productor de exclusión en el escenario del estado es la negación de la ciudadanía. Hemos experimentado todos los criterios para establecer el nosotros y el ellos: criterios étnicos, religiosos, culturales y políticos. Los otros son los no-ciudadanos, los que no encajan en nuestro mapa cognitivo, moral o político. Heredan los comportamientos que provocaban los pobres en el siglo pasado: desprecio y rechazo. “No marginamos al discapacitado si es rico, ni a la persona mayor si es pensionista del norte, ni al negro que es un jugador de baloncesto, ni al jubilado con patrimonio: marginamos a los pobres”. A unos se les ha vendido la costa del país porque el dinero no conoce nacionalidades, a los otros se les niega el acceso a la vivienda. Unos pueden comprar las playas y otros no pueden alquilar un piso.

Esta insignificancia se representa estos días en la tragedia del Mariner, que situado en alta mar no interesa a nadie. Entre los mecanismos más burdos cabe señalar la desaparición física, que se despliega como limpieza étnica o eliminación del emigrante-extraño mediante el naufragio en el mar; helicópteros y lanchas de vigilancia, cámaras de infrarrojos, los radares, las vallas electrificadas (sólo la de Ceuta costó 50 millones de euros) la ONG marroquí Asociación de Familias de Víctimas de la Inmigración clandestina eleva a 10.000.

La sociedad civil productora de invisibilidad

El tercer productor de insignificancia es la sociedad civil mediante la invisibilidad. Una vez declarado insignificante ya nadie quiere pensar más en ellos ni verlos. La insignificancia genera un *proceso de ocultamiento*, se hace invisible; pasamos por el lado de los escombros y no miramos. Es el secuestro de la mirada. Su espacio es residir en "ninguna parte". Se retiran los bancos en los jardines, en las estaciones de trenes, incluso se cierran los urinarios públicos para evitar que se conviertan en los nuevos domicilios de los excluidos. Supernumerarios invisibles en la ciudad. Puede estar cinco días sin abrirse una puerta y no darse cuenta; o cinco horas infartado una persona en el metro y pasar todos de largo.

3.2. Prácticas alternativas

Reconocimiento de las capacidades y prácticas de cooperación

Quien se acerque a las personas vulnerables o pretenda hacer políticas públicas a su favor, ha de saber que su máxima aspiración es poder ser reconocidos como valiosos. Lo que demandan son tutores de la dignidad y del reconocimiento.

La insignificancia se consume en la conversión en objetos de ayuda, que les reduce a objeto y a carencia. Despojados de dignidad como trabajadores, de autoestima como personas y de reconocimiento como ciudadanos, son auténticos *beneficiarios pasivos* de la ayuda y de la palabra. La representación asistencial ha planeado sobre las profesiones sociales, abocados a solucionar el problema en tiempo corto y desde la centralidad de la urgencia. Con frecuencia, la cohesión social exige que se resuelvan con rapidez ciertas situaciones a fin de que no perturben la paz social. Esta representación ha planeado constantemente sobre las profesiones so-

ciales para sugerir su identidad y su competencia; Fabio Folgheraiter sugiere que el experto se ve a sí mismo como un "un guardián de la puerta o un conserje de los servicios sociales", de este modo garantiza que las provisiones existentes lleguen a los ciudadanos que tienen derecho o lo necesitan.²

La primera operación, que puede convertirse en una buena práctica, consiste en recuperarlas de este modo en sujetos activos de su propio destino, en personas capaces de tomar su vida y la vida del mundo como tarea propia. Por esta razón, las buenas prácticas, proponen que no se puede superar, resolver o mitigar por la vía impositiva, sea por coacción física, moral, jurídica o administrativa sino que precisa una solución que pase por la colaboración. Que los excluidos hablen entre sí, se ayuden entre sí.

Resulta obvio que cuando se ha convertido al excluido en objeto, disminuye su capacidad de acción y solo le queda recorrer la trayectoria fijada desde fuera. La capacidad humana no es sólo reactiva ni adaptativa, sino que podemos crear nuevas significaciones, hacerse cargo del entorno, cambiar la propia historia vivida. Sin negar la densidad que en ciertas trayectorias vitales tienen las circunstancias y los factores advenidos, no somos un espejo pasivo sino que, como lo formuló Albert Camus, "podemos romper el destino de exclusión".

No hay ningún contexto en punto cero, todos están habitados por algún tipo de posibilidad. No hay ningún rico que no tenga nada que recibir ni ningún pobre que no tenga nada que dar. Es un principio básico de la acción integrada actuar no tanto sobre las personas, sino con ellas y a partir de ellas; intervenir es





vincularse al desarrollo comunitario, a la auto-organización, a la búsqueda de salidas protagonizadas por las personas. Rompe el esquema “tú eres el problema y yo soy la solución”, para generar el “nosotros somos el problema y nosotros somos la solución”.

Las prácticas inclusivas intentan activar el fortalecimiento del sujeto y sus como *potencialidades*. Si los primeros esperan la solución de los problemas y la satisfacción de las necesidades de un agente externo hacia el cual derivan sus reivindicaciones, los segundos las esperan del autodesarrollo de los propios sujetos organizados y se orientan a la solución de los problemas con el propio esfuerzo.

Si no nos dejamos acompañar por las personas mayores y por los discapacitados no hay futuro para nadie. Ellos no son los destinatarios de nuestra acción sino copartícipes. Quieren y pueden ser sujetos de su propia historia y protagonistas de su propio destino. Quieren ser reconocidos como personas, y aspiran a la reciprocidad que trastorna radicalmente las relaciones de dominio que frecuentemente amenazan el ejercicio de la ayuda.

Sólo un *enfoque cooperante* está en condiciones de abordar la exclusión, que inmuniza frente a todo caudillismo o mesianismo social y crea estructuras que posibiliten y amplíen la responsabilidad común, conformen lugares, instituciones y mecanismos que permitan la

colaboración, aunque sea a través de la confrontación, la negociación y el diálogo.

La ciudadanía cosmopolita

El problema mayor que sufren las personas vulnerables es la condicionalidad de la ciudadanía a manos del mérito, de la financiación o a la identidad. Y el nombre de la dignidad en la conciencia mundial se llama reconocimiento de los derechos, y su negación es la más grande expresión de la vulnerabilidad. La existencia de los excluidos significa que muchos de ellos no tienen garantizados sus derechos civiles, político y sociales, no tienen derecho siquiera a tener derecho. Es la **muerte legal**.

Hay juristas que empiezan a reivindicar un constitucionalismo mundial que supere las limitaciones impuestas al ejercicio de los derechos humanos por su circunscripción al ámbito estatal. La ciudadanía ya no es, como en los orígenes del Estado Moderno, un factor de inclusión y de igualdad sino el último privilegio de estatus. El esfuerzo que hace el mercado por universalizar los microcréditos deberían hacer las instituciones mundiales para universalizar la ciudadanía.

La mirada y la conciencia moral

El Holocausto fue posible por generalizar entre los alemanes la convicción de que por muy atroces que fueran las cosas que les ocurrían a los judíos, nada tenía que ver con el resto de la población y por eso no debían preocupar a nadie más que a los judíos. Ello era posible porque previamente se reducían a colectivos a “los judíos”, como hoy a los moros, los inmigrantes, las personas mayores o los discapacitados.

Las personas vulnerables antes de ser un grupo social o una clase explotada, antes de ser un género no suficientemente apreciado... son personas con biografía e historia personal.³

De este modo, las personas vulnerables recuperan su nombre, su historia e identidad y pueden transformar su propia situación. E incluso pueden iniciar una trayectoria que conduce a una sociedad incluyente, convivencial y justa. Ellos son los que lanzan la invitación de Ernesto Sábato que a sus noventa años invita a “abracémonos en un compromiso: salgamos a los espacios abiertos, arriesguémonos por el otro, espere-mos, con quien extiende sus brazos, que una nueva ola de la historia nos levante. Quizá ya lo está haciendo, de un modo silencioso y subterráneo, como los brotes que laten bajo las tierras del invierno. Algo por lo que todavía vale la pena sufrir y morir, una comunión entre hombres, aquel pacto entre derrotados”⁴.

Termino con las palabras del obispo brasileño Hélder Câmara cuando visitaba Europa: “ Dichosos Uds. cuando sueñan y luchan porque correrán el riesgo de ver realizado su sueño”.

Notas

- (1) GARCÍA ROCA, Joaquín. *El mito de la seguridad*. ST. Presencia social, Santander, 2004.
- (2) FOLGHERAITER, F. Teoría e metodología del servicio sociales. La prospettiva di rete. Francoangeli, Milano. 1998, p. 401.
- (4) GUTIÉRREZ, G. Renovar la opción por los pobres, en *Sal Terrae*, 983 (1995), 683.
- (5) SÁBATO, E. *Antes del fin*. Seix Barral, Barcelona. 1999, p. 187.